PASAS DE MÁLAGA

Autor: Luis Rodríguez Varea

 Es inenarrable, o al menos muy lamentablemente, no me encuentro con la suficiente capacidad para explicarme con la exactitud que deseara, y francamente considero además que es bien difícil describir la inmensa desesperación y la tristeza del alma que experimenté cuando mi madre, “y entonces incomprensiblemente”, me dejó “encerrado” en aquel internado.

Entre los barrotes de la verja que bordeaba toda la finca de la calle López de Hoyos 317 (Madrid), veía como su silueta se iba alejando, hasta que finalmente des­apareció de mi angustiada vista, confundida entre la muche­dum­bre y los vehículos.

Por primera vez en mi aun corta vida, me había quedado solo en un mundo extraño y totalmente nuevo y desconocido, completamente “solo” con mis doce años recién cumplidos.

¿Qué había hecho para merecer este aislamiento en un internado de una ins­titución de huérfanos de Oficiales del Ejercito?

¿Por qué la vida se portaba tan injustamente conmigo?

Si en aquellos mismos momentos me hubiese muerto, “nada me hubiese im­portado”.

En el gran patio corrían y jugaban aproximadamente otros cientos veinte ni­ños de once a catorce años de edad, y aparentemente parecían totalmente felices. Todos muy bien peladitos y correctamente uniformados con un traje de pantalón y chaquetilla color gris, que más que otra cosa parecían o se me antojaban “presidiarios”.

 Unas incontenibles amargas y enormes lágrimas resbalaban y bañaban mis mejillas, y notaba que todo mi cuerpo temblaba de verdadero miedo. Un pánico hasta entonces totalmente desconocido recorría todo mi ser y me tenía verdadera­mente aterrado.

Creo que estaba rezando o bien meditando para mis adentros sobre mi perra mala suerte, cuando un repentino inesperado y estridente silbato llamó mi atención.

Todos corrieron a formar unas largas filas; casi me empujaron y me coloca­ron el último de una de ellas. Al llegar a la cabeza de la columna, me dieron un tro­zo de pan en una mano, y en la otra un puñadito de pasas, que recogí con la mayor de las perezas.

Evidentemente se trataba de la merienda. ¿Pero quién podía tener ape­tito en aquellos tristísimos momentos o en aquellas precisas, nefastas y desagradables cir­cunstancias?

Volví mecánicamente al mismo lugar, junto a la verja donde un rato antes ha­bía visto desaparecer a mi madre acompañada de mi hermana Carmen. Soñaba que quizás se arrepintieran y volviendo sobre sus pasos, “me recogie­ran de nuevo”.

En esos momentos se me acercó un desconocido:

-¿No quieres merendar?

No le contesté nada y apáticamente le entregué mi pan y mis pasas, mientras que quizás avergonzado, intentaba disimular mi incontenible llanto.

 -¿Eres nuevo, no?, ¿De dónde vienes?

 -De Marruecos. Dije forzado y sin ganas de hablar con nadie.

-¡Un moro! ¡Ha venido un moro!

Enseguida se acercaron y me rodearon ocho o diez más para observarme bien y de cerca.

Quisiera o no, lo deseara o no, me llevaron casi en volandas a jugar al fútbol. Allí en medio del patio de recreos, veintitantos jugadores contra otros tantos del equipo contrario.

El primer balón que de rebote o pura casualidad llegó a mis pies, lo golpeé con la potencia de todas mis fuerzas, con toda la rabia y mi coraje contenido, y fue a para hasta……

Este partido de fútbol recién iniciado…. Este embarullado juego duraría has­ta…. doce años después.

¡Jamás volvería a “mi casa”!

Ya nunca más tuve casa propia, pues mis numerosos hermanos/as, fue­ron ca­sándose y formando nuevos hogares, y pronto mi madre al quedarse sola en aque­llas tierras del Protectorado de España en Marruecos, decidió dejar su hogar y pasar temporadas con unos y otros de mis hermanos/as.

Tras pasar por sucesivos centros de estudios (Carabanchel Bajo en el Colegio Santiago tres años, y Santa Bárbara en Carabanchel Alto otros siete años) y casi ago­tando las prórrogas en el Servicio Militar y estando hasta la médula de internados y de estudios, por fin vi mi liberación del “presidio”, y un día decidí cambiar el trapillo por el uniforme de “recluta en el Ejercito”; y emulando al famoso y universal juego de la oca y “tiro porque me toca”, de soldadito español pasé inmediatamente a la Guardia Civil; y de esta benemérita Institución (claro que unos cuantos años después), nuevamente al Ejercito, a Sanidad Militar, consiguiendo por fin lo que no logré en su día durante mi instancia en Santa Bárbara en siete ocasiones o años presentán­dome a la Academia General Militar. (¿Quién conoce a algún pínfano, que se haya presentado tantísimas veces en Zaragoza?).

Todos estos muchos años, siempre rodeado de cientos y miles de hombres. ¡Siempre hombres! ¿Es que sólo existían varones en la vida?

Continuamente rodeado de amigos y compañeros, pero siempre “solo”. Desde mi ingreso en La inmaculada, la soledad parecía mi inseparable compañera.

Al llegar a Sanidad Militar en este mi peregrinaje por la vida, un día en Pam­plona descubrí... que aquel balón que un día golpeé con todas mis fuerzas e inconte­nible rabia, en el patio de mi primer internado muchísimos años antes, encontró portería y acabó en un gran gol.

Encontré esa encantadora mujer soñada y continuamente añorada, que ade­más de mi esposa y compañera, allanaba mi eterna pena por aquella lejana pérdida de mi madre.

Tengo en mente, cualquier día de estos de cualquier año de estos, hacer una visita a la Capital de la Nación. Sí, la Madrid esa de las continuas sirenas de la Poli­cía, de las ambulancias y los bomberos. La Madrid de nuestros Colegios de Pinfana­to.

Compraré un paquetito de pasas (que sean auténticas de Málaga), y en la ca­lle Sevilla cogeré el autobús número cinco; y me iré (¿me acompañarás?) a la calle López de Hoyos número 317, y junto a la verja del internado “La Inmaculada” (¡pero esta vez por la parte de fuera!), saborearlas una a una. Poco a poco. Lentamente… Muy despacito….

Allí, “será maravilloso”. Allí recordaré a mi madre.

Nuevamente la veré de espaldas. Alejarse, alejarse... hasta desaparecer paso a paso de mi vista, confundida entre los vehículos y la muchedumbre. Como un ver­dadero cuento de hadas “desaparecer de mi mundo”.

Pero no de mi recuerdo ni de mi amor....